

Marguerite Duras

CUADERNOS DE LA GUERRA

y otros textos

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARGUERITE DURAS
CUADERNOS DE LA GUERRA
y otros textos

Edición de Sophie Bogaert y Olivier Corpet

Traducción del francés de María Condor

TUSQUETS
EDITORES

<i>Prefacio</i>	11
<i>Nota sobre la transcripción</i>	17

CUADERNOS DE LA GUERRA

CUADERNO ROSA MARMOLADO

<i>Presentación</i>	23
Infancia y adolescencia en Indochina	25
<i>Ter el miliciano</i> (esbozo)	79
La mujer de Marcel	87
<i>Albert des Capitales</i> (esbozo)	89
La rue de la Gaieté	103
<i>Un dique contra el Pacífico</i> (esbozo)	105
La espera del hijo	107
<i>Un dique contra el Pacífico</i> (esbozo)	109

CUADERNO «PRESSES DU XX^e SIÈCLE»

<i>Presentación</i>	125
Théodora	129
<i>El dolor</i> (esbozo)	139

CUADERNO DE CIEN PÁGINAS

<i>Presentación</i>	163
<i>El dolor</i> (esbozo)	165

CUADERNO BEIGE

<i>Presentación</i>	191
<i>Un dique contra el Pacífico</i> (esbozo)	193
<i>El horror de semejante amor</i> (esbozo).	199
Vacaciones con D.	203
Recuerdos de Italia.	205
<i>No muerto en deportación</i>	221
<i>El marinero de Gibraltar</i> (esbozo).	227
La rue Saint-Benoît. <i>Madame Dodin</i> (esbozo).	233

OTROS TEXTOS

<i>Presentación</i>	275
-------------------------------	-----

La infancia ilimitada

«Me gustaría no ver en mi infancia...»	279
«Veníamos de lejos...»	281
«Mi hermano era guapo...»	283
«Nos envió a casa de unos parientes...»	285

Relatos

<i>Bailarinas camboyanas</i>	291
«¿Es usted, hermana Marguerite?»	295
<i>El horror</i>	299
<i>La Biblia</i>	307
<i>Los pichones robados</i>	311
<i>Eda o las hojas</i>	319

Índice onomástico	333
Índice de contenido	337
<i>Ilustraciones</i>	[96-97]

Cuaderno rosa marmolado

El primero de los *Cuadernos de la guerra*, bautizado como «Cuaderno rosa marmolado», es el más extenso de los cuatro. Este cuaderno, con cubierta de cartón grueso, contiene ciento veintitrés hojas, quince de las cuales están llenas de dibujos infantiles (probablemente añadidos más tarde por el hijo de Marguerite Duras, Jean Mascolo, nacido el 30 de junio de 1947).

De las indicaciones cronológicas del texto se infiere que Marguerite Duras empezó a redactarlo durante el transcurso del año 1943. Las setenta primeras páginas están ocupadas por un largo relato autobiográfico, centrado en los acontecimientos de la infancia y en la adolescencia de la autora en Indochina (la primera versión conocida de su relación con aquel que habrá de convertirse en «el amante»). Con pocas tachaduras y de una escritura regular, este extenso pasaje parece haber sido escrito de una manera bastante continuada. Aunque el texto a veces aluda a las reacciones de un potencial lector, evocado por un «se» impersonal, las únicas motivaciones explícitas de la escritura son personales: «Ninguna otra razón me lleva a escribir [estos recuerdos] sino este instinto de desenterrar. Es muy sencillo. Si no los escribo, los olvidaré poco a poco» (pág. 56). Sin embargo, algunos episodios se encuentran, en una forma apenas modificada, en obras publicadas (la novela *Le Boa* y sobre todo *Un dique contra el Pacífico*).

El resto del cuaderno tiene más tachaduras y es más fragmentario. Contiene diversos fragmentos de *Un dique contra el Pacífico* (donde la primera persona deja progresivamente paso a personajes ficticios, Suzanne y Joseph), luego textos reescritos y publicados en la recopilación *El dolor*, titulados «Ter el miliciano» y «Albert des Capitales». En

la versión publicada cambian los nombres de los personajes: la protagonista, «Théodora» (o «Nano»), se convierte en «Thérèse». En el primer relato, «Albert» es designado con la inicial «D.» y «Jean» pasa a ser «Beaupain»; en el segundo encontramos a «Albert» y a «O.», en un principio bautizados como «Jean» y «Albert».

Fue en el transbordador entre Sadec y Sai donde conocí a Léo. Yo volvía al pensionado de Saigón y alguien, ya no sé quién, me había llevado en su automóvil al mismo tiempo que a Léo. Léo era indígena, pero vestía a la francesa, hablaba francés perfectamente y regresaba de París. Yo aún no tenía quince años, sólo había estado en Francia cuando era muy pequeña y Léo me pareció muy elegante. Llevaba un grueso diamante en el dedo y vestía de tesor de seda cruda. Yo nunca había visto un diamante como aquél más que en personas que hasta ese momento no habían reparado en mí, y mis hermanos se vestían de cotonada blanca. Dada nuestra fortuna, me resultaba poco menos que inimaginable que un día pudieran llevar trajes de tesor.

Léo me dijo que yo era una muchacha bonita.

—¿Conoce usted París?

Dije que no, enrojeciéndome. Él conocía París. Vivía en Sadec. Había alguien en Sadec que conocía París, yo no lo supe hasta entonces. Léo me hizo la corte y mi asombro fue inmenso. El doctor me depositó en el pensionado de Sai y Léo se las arregló para decirme que «volveríamos a vernos». Yo había comprendido que era extraordinariamente rico y estaba deslumbrada. No contesté nada a Léo, tan emocionada e insegura me sentía. Regresé a casa de la señorita C., donde estaba interna con otras tres personas, dos profesores y una muchacha dos años menor que yo que se llamaba Colette. La señorita C. cobraba a mi madre más o menos la tercera parte de su sueldo de maestra, mediante lo cual ella le garantizaba una educación consumada. Sólo la

señorita C. sabía que mi madre era maestra; ella y yo lo ocultábamos cuidadosamente a los demás pensionistas, que se hubieran sentido celosos. El cargo de maestra de escuela indígena estaba tan mal retribuido que era muy despreciado. Yo misma lo ocultaba cuidadosamente y todo lo que podía. Al volver aquella noche a casa de la señorita C. me sentí dominada por la desesperación: me decía que Léo, que vivía en Sadec, no dejaría de enterarse de en qué trabajaba mi madre y no podría sino alejarse de mí. Yo no podía decírselo a nadie, y menos que nadie a Colette, que era hija de un administrador principal, ni a la señorita C., que me habría echado de su casa, cosa que, no tenía ninguna duda, hubiera matado a mi madre en breve plazo. Pero me consolé. Aunque Léo conociera París y fuera muy rico, era indígena y yo era blanca; quizás se conformara con la hija de una maestra.

Ser hija de maestra me había valido sinsabores en el colegio, donde no tenía trato más que con hijas de carteros y de aduaneros, únicos rangos equivalentes al de maestra de escuela indígena. La señorita C. me había aceptado gustosamente porque era de mente abierta y porque mi madre gozaba todavía de una gran reputación de honradez. Sin embargo, era a la vez más dura y más íntima conmigo que con Colette. Por ejemplo, la señorita C. tenía un cáncer bajo el seno derecho y no me lo enseñaba más que a mí en toda la casa. Me lo enseñaba por lo general los domingos a primera hora de la tarde, cuando todo el mundo había salido, después de merendar. La primera vez que me lo enseñó comprendí por qué se desprendía de la señorita C. semejante hedor, pero al ser yo la única a la que se lo enseñaba de toda la casa nos confería una especie de complicidad que yo atribuía a que era hija de una maestra. Aquello no me ofuscaba; se lo dije a mi madre, que cifró un cierto orgullo en esta señal de confianza. La escena tenía lugar en la habitación de la señorita C. Ella se descubría el seno, se acercaba a la ventana y me lo enseñaba. Yo extremaba la delicadeza y contemplaba el cáncer durante dos o tres minutos largos. «¿Lo ves?», me decía la señorita C. Yo exclamaba: «¡Ah! Sí, claro, ya lo veo». La señorita C. guardaba de nuevo el seno, yo volvía a respirar, ella se abrochaba

el vestido de encaje negro y suspiraba; entonces yo le decía que como era vieja aquello ya no tenía importancia; ella asentía, se consolaba y nos íbamos a dar una vuelta por el jardín botánico.

Mi madre había obtenido del gobierno general, en calidad de viuda de funcionario y en calidad de funcionaria (daba clases en Indochina desde 1903), una concesión de arrozales situada en la Alta Camboya. Estas concesiones se pagaban entonces en anualidades muy reducidas y no pertenecían a su beneficiario hasta pasados equis años después de haber sido cultivadas. Mi madre, tras interminables trámites, obtuvo una enorme concesión de ochocientas cincuenta hectáreas de tierras y selva en un lugar perdido de Camboya, entre la cordillera del Elefante y el mar. Aquella plantación se encontraba a sesenta kilómetros de pista del primer puesto francés, pero este inconveniente no hubiera sido, en rigor, digno de tenerse en cuenta. Mi madre contrató a unos cincuenta criados que fue preciso trasladar desde Cochinchina e instalar en una «aldea» que hubo que construir enteramente en pleno pantano, a dos kilómetros del mar. Aquella época estuvo marcada para todos nosotros por una alegría intensa. Mi madre llevaba esperando aquel momento toda su vida. Además de la aldea, construimos una casa sobre pilotes al lado de la pista que bordeaba nuestra plantación. Esta casa nos costó en 1925 cinco mil piastras, una suma enorme para la época. Estaba construida sobre pilotes por las inundaciones; era toda ella de madera, que hubo que cortar, escuadrar y convertir en tablas sobre el terreno. Ninguno de los enormes inconvenientes que esto podía presentar detuvo a mi madre. Llevábamos seis meses seguidos viviendo en Banté-Prey (el nombre de la plantación), pues mi madre había obtenido una excedencia de la Dirección de Enseñanza de Saigón. Durante la construcción de nuestra casa, de nuestras habitaciones, mi madre, mi hermano y yo vivimos en una choza contigua a la de los criados «de arriba» (la aldea estaba situada a cuatro horas en barca de la pista, por tanto de nuestra casa). Compartíamos la vida de nuestros criados en todo, excepto en que mi ma-

dre y yo disponíamos de un colchón para la noche. Yo tenía entonces once años y mi hermano trece. Habríamos sido completamente felices si la salud de nuestra madre no hubiera flaqueado. El enervamiento y la alegría de vernos tan cerca de salir del apuro coincidieron con su menopausia, que fue especialmente penosa. Mi madre sufrió entonces dos o tres crisis de epilepsia que la dejaban en una especie de coma letárgico, que podía prolongarse un día entero. Al margen de que era imposible encontrar un médico, el teléfono no existía en absoluto por aquel entonces en aquella región de Camboya y las crisis de mi madre consternaban y atemorizaban a los criados indígenas, que cada vez amenazaban con irse. Tenían miedo de que no se les pagara. Rodeaban la choza y se pasaban todo el día que duraba la crisis sentados en silencio en los terraplenes que la bordeaban. En la choza, mi madre yacía sin conocimiento y producía quedos estertores al respirar. De vez en cuando, mi hermano o yo salíamos a decir a los criados que mi madre no había muerto y así tranquilizarlos. Mi hermano les decía que, aunque nuestra madre muriese, él juraba que los llevaría de regreso a Cochinchina costara lo que costara y que les pagaría. Mi hermano, como he dicho, tenía trece años en aquella época; era ya el ser más valiente que jamás he conocido. Hallaba al mismo tiempo fuerzas para tranquilizarme a mí y me persuadía de que no había que llorar delante de los criados, que era inútil, que nuestra madre viviría. Y efectivamente, cuando el sol desaparecía del valle detrás de los montes del Elefante, nuestra madre recobraba la conciencia. Aquellas crisis tenían de singular que no le dejaban huella alguna y que mi madre, al día siguiente, volvía a su actividad acostumbrada.

El cultivo de doscientas hectáreas desde el primer año, unido a la construcción de nuestra casa, a la de la aldea y al transporte e instalación de los criados, absorbió íntegramente todas las economías realizadas por mi madre durante veinticuatro años de funcionariado. Pero eso era secundario para nosotros, pues contábamos con que nuestra primera cosecha nos resarciría casi por completo de los gastos de instalación. Este cálculo, hecho por mi madre y revisado por ella durante noches y noches de insomnio,

tenía que revelarse infalible. Nosotros lo creíamos más aún porque mi madre «sabía» que teníamos que ser millonarios al cabo de cuatro años. En aquella época, ella se mantenía aún en comunicación con mi padre, muerto hacía muchos años; ella no hacía nada sin pedirle consejo y era él quien le «dictaba» todos sus planes de futuro. Estos «dictados», según ella, siempre tenían lugar hacia la una de la madrugada, lo que justificaba las noches en vela de mi madre y le otorgaba a nuestros ojos un prestigio fabuloso. La primera cosecha se saldó con algunos sacos de *paddy* [arroz con cáscara]. Las ochocientas cincuenta hectáreas de tierra concedidas por el gobierno general eran tierras salobres e inundadas por el mar durante parte del año. Toda la cosecha se «quemó», antes de recogerla, en una noche de marea, salvo algunas hectáreas alrededor de la casa, que estaban bastante lejos del mar. En cuanto bajó la marea y el río que bordeaba nuestra casa volvió a ser practicable, fuimos a ver nuestras doscientas hectáreas de arroz quemadas por la sal; hicimos, pues, un viaje de ocho horas de ida y vuelta en barca para constatar nuestra ruina total. Pero, aquella misma noche, mi madre había decidido pedir prestados trescientos mil francos para construir diques que pusieran definitivamente nuestros arrozales al abrigo de los maremotos. No podíamos hipotecar nuestra plantación, puesto que todavía no nos pertenecía y, aun en esa eventualidad, al formar parte de unos terrenos aluviales salobres e invadidos regularmente por el mar, no tenía valor de ninguna clase. Todos los bancos de crédito a los que mi madre se dirigió se negaron formalmente a prestarle aquella importante cantidad, que no podíamos garantizar con nada. En resumidas cuentas, mi madre acudió a un *chetty*, un usurero hindú que consintió en prestarle esa suma mediante una hipoteca sobre su sueldo de maestra. La cosa no pudo hacerse a espaldas de la Dirección General de Enseñanza, para gran vergüenza de nosotros tres. Mi madre tuvo entonces que volver a ocupar su puesto. Salía de Sadec, donde daba clase, el viernes por la tarde, hacía ochocientos kilómetros en auto y partía de nuevo el domingo por la noche. El interés que se quedaba el *chetty* era tan elevado que por sí solo consumía casi la tercera

parte del sueldo de mi madre. En todo el tiempo que duraron estos tratos, mi madre jamás se desanimó. La construcción de los diques, que hubieron de ser gigantescos, la sumía en una exaltación sin límites. Estábamos muy unidos a ella y compartíamos aquella exaltación. Mi madre no consultó a ningún técnico para saber si aquellos diques serían eficaces. Ella así lo creía; actuaba siempre en virtud de una lógica superior e incontrolable. Se hizo venir a varios cientos de obreros y se construyeron los diques durante la estación seca bajo la supervisión de mi madre y de nosotros mismos. La mayor parte del dinero prestado por el *chetty* se gastó en ellos. Por desgracia, los diques fueron carcomidos por los bancos de cangrejos que se quedaban atascados en el fango cuando había marea, y, cuando el mar subió al año siguiente, los diques, contruidos sobre tierra blanda, minada por los cangrejos, se deshicieron casi por completo.

Toda la cosecha se perdió por segunda vez. Era evidente que no se podían construir diques sin apoyarlos en piedras. Mi madre lo comprendió, no pudo encontrar piedras y habló de poner troncos de mangle al tresbolillo en la base de los taludes. Una vez más, había hecho un invento. Las tardes en que hacía semejantes descubrimientos y nos los comunicaba figuran entre las más hermosas de mi vida. Su propio ingenio la sumía en un éxtasis tan comunicativo que los pocos criados «de arriba» que todavía nos quedaban en casa acababan compartiéndolo también. Los de abajo, que vivían aislados de nosotros, sólo continuaban allí porque mi madre mostraba con ellos una generosidad exorbitante. Habían venido a establecerse como granjeros, pero los arrozales no producían casi nada y mi madre se había visto en la obligación de pagarles como obreros, cosa que no resolvía nuestros apuros. El sistema de los mangles acabó por agotar lo que había prestado el *chetty*. No fue del todo mal; una parte de los taludes resistió, la otra se hundió. Las cuarenta hectáreas de arrozales que mamá bautizó como «prueba concluyente» constituían su alegría y su orgullo. La cosecha brotó; íbamos a verla todos los sábados. Ay, cuando llegó el momento de la recogida sufrimos una nueva decepción. Los criados de la aldea,

que se habían concertado, la recogieron a escondidas y se hicieron a la mar para alcanzar la Cochinchina... con el único *paddy* que fuimos capaces de cosechar en tres años. Una vez más, mi madre se resignó. La construcción de los diques la había tenido tres años en vilo. El hecho de que una parte de ellos hubiera resistido la compensaba ampliamente. La pureza de alma de mi madre no tenía igual, si no era su desinterés. Se cansó de los diques y no quiso hacer caso cuando, al año siguiente, los mismos que habían logrado resistir se vinieron abajo a su vez. Sin embargo, después siguió sembrando cada año unas cuantas hectáreas a modo de prueba. Sostenía que el mar no podía tardar en retirarse de sus arrozales y que se vería recompensada en sus esfuerzos. El plazo en el que iban a llegar nuestros millones estaba más lejano, pero no era menos seguro, según ella. A veces dudábamos de que un terreno de aluvión pudiera rellenarse en tan pocos años, pero mi madre nos tranquilizaba. Ella albergaba certidumbres sentimentales que nosotros todavía compartíamos.

Estábamos completamente arruinados. Mi madre abandonó la plantación, más o menos, y se las ingenió para pagar a los *chettys*. Entonces se ocupó de mí y se decidió a enviarme a estudiar; puso tanta obstinación en este proyecto como había puesto en la construcción de los diques y de la casa. No se ocupó de mi hermano, que en opinión de ella no era inteligente, y la emprendió conmigo. Me juzgaba más apta para los estudios que él, pero no lo hacía sin cierto desprecio. Mi hermano tampoco. Mi hermano me decía: «Yo, que no soy inteligente, me quedaré en las plantaciones», o bien: «Yo, que no tengo tu inteligencia, no merezco los sacrificios que mamá hace por ti». Era sincero. También me decía: «Es necesario que yo me quede en Sadec para que tú puedas ir a estudiar». Se quedó en Sadec. La humildad de mi hermano era para mí un motivo de tristeza constante. Mi madre había decidido que estaba desprovisto de inteligencia y él se avenía a esa condición de «desclasado» con sencillez. De igual manera, mi madre había decidido que yo estaba hecha para estudiar. Las notas que sacaba en el instituto eran catastróficas; hasta primero fui exactamente la última en todas las asignaturas,

pero de vez en cuando sacaba una nota decente en lengua francesa: entonces mi madre lloraba de alegría y decía que aquello la compensaba de sus sacrificios. Al principio venía a menudo a verme a casa de la señorita C. con mi hermano, en nuestro viejo Citroën. Pero, dado que vivían gracias a las proezas increíbles de mi madre, sus visitas empezaron a escasear muy pronto. Fue entonces cuando empecé a ir a Sadec por mis propios medios; salía el sábado en el autocar que los franceses nunca tomaban porque tardaba ocho horas en hacer un trayecto que normalmente requería cuatro. Así pues, aprovechaba a veces la ocasión de que alguien me trajera de regreso, y fue en una de ellas cuando tuvo lugar mi encuentro con Léo.

Al día siguiente de mi llegada a casa de la señorita C. después de este encuentro, oí a la hora de la siesta un fuerte bocinazo. Era Léo. Yo estaba con Colette y no me atreví a asomarme al balcón. Treinta y cinco veces seguidas pasó Léo en su coche. Reducía la velocidad delante de la casa pero no se atrevía a parar. Yo no salí al balcón. A nadie se le ocurrió mirar, parecía que yo esperaba a Léo y que era especialmente sensible a los ruidos de la calle. Por otra parte, me sentía bastante humillada pensando que Léo se estaba tomando tanto trabajo para complacerme. Sin embargo, me vestí lo mejor que pude y a las dos bajé para ir al instituto. Léo me estaba aguardando en el camino, apoyado en la portezuela de su auto; vestía también esta vez un traje de tuser crudo. Vino a mi encuentro y me dijo: «No es fácil dar con usted». Me rogó que subiese al auto. El auto de Léo ejercía sobre mí una verdadera fascinación. Nada más subir le pregunté de qué marca era y cuánto costaba. Léo me dijo que era un «Morris Léon-Bollée» y que costaba siete mil piastras. Yo pensé en nuestro Citroën, que nos había costado cuatrocientas piastras y que mi madre había pagado en tres plazos. Léo me dijo también que no era su único coche, que tenía otro tan bonito como éste pero modelo torpedo, igualmente un Morris Léon-Bollée, su marca preferida. Léo parecía muy contento de que hubiéramos entablado una

conversación tan relajada. Me preguntó adónde quería que me llevara. «Al instituto», dije, «llego tarde.» Con palabras bonitas y escogidas, Léo me preguntó si no quería dar una vuelta; le dije que no. Me llevó ante la puerta del colegio y me pidió permiso para venir a buscarme aquella misma tarde. Vino por la tarde y volvió al otro día y los días que siguieron. Yo estaba tan orgulloso de su automóvil que contaba con que lo verían, y permanecía en él a propósito para no pasar inadvertida a ojos de mis compañeros. Estaba segura entonces de que disponer de semejante coche no podía dejar de intrigar y de que así podría tratarme con las hijas de los altos funcionarios indochinos. Ninguna de ellas disponía de una limusina como aquélla, con chófer de librea, una limusina negra y verde, encargada especialmente a París, de dimensiones impresionantes, de un gusto tan regio. Por desgracia, Léo era anamita, a pesar de su maravilloso auto. Este me deslumbraba hasta tal punto que olvidé ese inconveniente. Mis compañeros del instituto se alejaron definitivamente de mí. Los únicos con los que trataba hasta entonces ya no se atrevieron a comprometerse al dejarse ver en mi compañía. Yo no tenía amigas y esto no me afligió excesivamente. Seguí viendo a Léo por espacio de varias semanas. Siempre me las arreglaba para hacerle hablar de su fortuna. Tenía más o menos cincuenta millones en inmuebles diseminados por toda Cochinchina, era hijo único y disponía de una considerable cantidad de dinero. Las cifras en las que se evaluaba la fortuna de Léo me confundían; por la noche soñaba con ellas y de día pensaba en ellas sin cesar. No tenían relación alguna con las que hasta entonces había oído mencionar en mi casa. Desde que puedo recordar, sé que mi madre no tenía dinero. Su única preocupación era ganarlo, aunque su talante azaroso la obligara con mucha frecuencia a recurrir a medios muy torticeros para conseguirlo. Poco importa; mi madre nos había inculcado un sentimiento casi sagrado del dinero. Sin él, uno era desgraciado. Sin él, la virtud no «pasaba» y la inocencia era condenable. Mi madre estaba convencida de que, si lograra ganar dinero, de ello se seguirían una serie de consecuencias dichosas.

—Hay maestras de escuela indígena cuyas hijas se han casado con banqueros. Las hay, creedme, las conozco. Pero son las que han conseguido proporcionarles una dote.

En la época en que conocí a Léo, no alcanzábamos a vivir y a pagar a los *chettys* más que vendiendo cada mes las joyas y los muebles que nos quedaban. Lo hacíamos a escondidas. Revendíamos nuestras joyas a joyeros indígenas en el mayor secreto. «Si alguien se enterara, sería la deshonra para nosotros», decía mi madre. Con todo, había conservado a nuestra vieja gobernanta y al cocinero, pues si se hubiese sabido en Sadec que mi madre se hacía la comida, nadie hubiera consentido en tratar con nosotros. Ahora bien, mamá tenía que hacer y recibir algunas visitas oficiales. Por otra parte, mi madre no juzgaba; no le gustaba ni tenía tiempo de hacerlo. Jamás la oí rebelarse contra la primacía del dinero sobre todos los demás valores en el mundo colonial indochino. En aquellos momentos, las fortunas brotaban como champiñones en Indochina. Los plantadores de caucho acudían en tropel a la colonia y ganaban millones. Saigón era una de las ciudades más ricas y más corrompidas de Extremo Oriente. Allí reinaba la jerarquía más estricta, basada en la fortuna y en sus signos externos. Los plantadores venían delante y a continuación los cuerpos de altos funcionarios indochinos. La exacción estaba admitida y organizada, y nos facilitaba el acceso a la alta sociedad; por ejemplo, tal aduanero que había conseguido pasar tres millones de opio de contrabando se veía poco después recibido en casa del administrador del puesto. El cuerpo de altos funcionarios anamitas compraba distinciones honoríficas a precio de oro (conforme a tarifa). Todo el mundo sabía que la Legión de Honor costaba dieciocho mil piastras.

Aunque estas consideraciones se salen del marco de mi narración, enlazan con ella por el hecho mismo de que nosotros jamás tuvimos acceso a esta sociedad y de que la humildad innata de mi madre la llevó siempre a desear entrar en ella a toda costa y por todos los medios. Olvidaba decir que, entre los franceses de la colonia, la anamitofobia era ley. Algunos anamitas, muy pocos, tenían relación con los franceses. Un funcionario anami-

tófilo estaba en principio condenado a no «avanzar» nunca. Nosotros, por el estatus de mi madre, estábamos en el último peldaño de la escala de los funcionarios. Se decía de mi madre que tenía mérito, pero no era recibida en ninguna parte. Los únicos amigos que teníamos eran carteros, aduaneros o empleados, al igual que ella, en la enseñanza primaria. El hecho de que jamás hubiera abandonado la colonia y de que contara con numerosos amigos anamitas le quitaba la poca consideración que le tenían los franceses. En este aspecto, mi madre era una persona particularmente indecisa e insegura.

No quiero embarcarme en una descripción de la Indochina de 1930, pero sí hablar, sobre todo, de lo que fue mi juventud. Mi madre era insegura por naturaleza y no tanto por las condiciones y convenciones exteriores. Así, cuando más tarde se planteó la cuestión de si me casaba con Léo, mi madre dudó porque él era indígena y aquello culminaría en la desconsideración que la hacía sufrir con tanta simplicidad. Lo importante es que dudó, aun sabiendo, en el fondo, que todos lo hubieran juzgado totalmente inadmisibile.

Sufríamos mucho por nuestra pobreza, y nuestra miseria era ocultarla. En la plantación, donde vivíamos completamente aislados, aún era posible. En Sadec era necesario impedir por todos los medios que los sesenta franceses del puesto supieran nada de nuestra situación. Así, la víspera del primero de cada mes, mi madre iba a entregar al *chetty* la tercera parte de su sueldo como pago de intereses; iba a escondidas y en noche cerrada. Algunas veces no pudo ir, no sé por qué. Entonces vinieron los *chettys* a casa. Se sentaron en el salón y aguardaron. Algunas veces, mamá lloró delante de ellos suplicándoles que se marcharan, porque los criados podían verlos. Los *chettys* no se marcharon. Permanecieron allí en silencio. Sabían que no tenían más que dejarse ver, que para una blanca era la peor de las vergüenzas pedir prestado a un *chetty*. Al final, mamá les tiró el dinero a la cara. Se apoderaron de él y se fueron, sonriendo.